MI 2000

SUPLEMENTO ESPECIAL DE PAGINA/12 ☆ 31 DE DICIEMBRE 1999



IMAGE BANK

Autos voladores, viajes intergalácticos, comunicación extraterrestre, robots sirviendo el té. Las fantasías sobre el 2000 nutrieron de visiones y anticipaciones la infancia de todos. En este suplemento cuentan cómo se imaginaban este momento cuando eran chicos Magdalena Ruiz Guiñazú, Graciela Fernández Meijide, Osvaldo Bayer, Andrew Graham-Yooll, Aníbal Ibarra, Beatriz Sarlo y Maitena.

Un dos mil con faisanes

POR OSVALDO BAYER

Mi imagen del año 2000 fue allá por los fines del treinta, cuando ya salía de la infancia. Y fue la imagen que me proyectó un alemán: Richard Turath. Un utopista ya sin límites, desbordado. Había actuado en la república de los consejos de obreros, campesinos y soldados de Munich, de 1919. Lo habían derrotado hasta el no va más. Pero él estaba creído que eso que quisieron fundar se iba a llevar a cabo en el año dos mil. Ahí comencé a formarme una imagen de ese año dos mil, que llega a pesar de que siempre lo consideré inalcanzable. Antes de Richard Turath no había pensado en él, a pesar de todas las lecturas de las obras completas de Julio Verne.

Richard Turath era profesor de alemán en el barrio de Belgrano. Yo iba con mis hermanos Rodolfo y Franz a visitarlo en su humilde habitación de la calle Monroe. Una o dos veces fuimos con él al cine Ideal Monroe, que daba películas alemanas. El nos enseñó a valorar el cine anterior al '33. Así vimos *El gabinete del doctor Caligari, Nosferatu, Metrópolis, El doctor Mabuse*, films imborrables ya aun para un niño. Ni qué hablar, después, con la inmortal Marlene de *El ángel azul*. Después del cine íbamos con Turath a tomar naranjines al Bodensee de calle Crámer. El era antialcohólico, como buen anarquista. Y en esos cálidos atardeceres de verano se largaba con sus utopías.

–Cuando formamos la República de los Consejos Obreros, Campesinos y Soldados de Munich, el 8 de noviembre de 1918 –nos contaba– queríamos eliminar el Estado, eliminar el ejército, la policía y los cuerpos autoritarios. Todo quedaba en manos de los consejos elegidos por la base. Proclamamos la libertad, la convivencia y el trabajo comunitario. Todo debía hacerse en alegría, amistad y diálogo. El poder a los seres de buena voluntad. No a la propiedad, no al castigo, sí a la enseñanza y el ejemplo. Una república de filósofos, de pintores y escultores, de poetas, de saltimbanquis y cantores callejeros, de vagabundos y periodistas, de agitadores y bohemios, de artistas, de líricos, de amantes de la ciencia y maestros, de dramaturgos y jardineros, de artesanos y de madres, novias y modistas.

Pero pocas semanas pudo vivir Baviera ese sistema libertario que tal vez fue el intento más bello de las almas bellas para transformar el mundo. Vinieron los militares que habían perdido la guerra y asesinaron de un preciso balazo a Kurt Eisner. Un tiro preciso de un mercenario de uniforme desparramó el cerebro del libertario por las calles. Gustav Landauer fue poco después muerto a patadas y puñetazos por los policías de siempre. Y al poeta Erich Mühsam, aquel que tanto luchó para liberar a la sociedad del Estado, lo colgaron las SS del tanque de agua de un excusado en el campo de concentración de Oranienburg.

Los libertarios del '19 de Munich creían que los autoritarios iban a bajar el máuser ante las palabras libertad, igualdad, fraternidad. En cambio, disparaban sus armas en cuanto las oían. Como ahora y siempre.

–Nos apresuramos demasiado –reconocía Richard Turath–, tendríamos que haber previsto que para regirnos con la inteligencia y la bondad necesitábamos mucho tiempo de educación. Formar maestros.

Y después formulaba su predicción para el año dos mil: "Ese año todo va a ser posible, las experiencias de las nuevas generaciones, cada vez más esclarecidas, lo llevarán a cabo". Y así describía su sueño: "Cada familia tendrá una casa pequeña pero con grandes ventanas, para que entre la luz, un jardín adelante para flores y un terreno detrás para árboles frutales, verduras y un criadero de faisanes". ¿Faisanes?, preguntábamos azorados. "Sí, faisanes, para gozar del color de las plumas. Cuando uno ve un faisán comienza a admirar la naturaleza y a despreciar las guerras que matan; mirar a un faisán es como presenciar diariamente el arco iris y mil flores juntas. Eso sí, los faisanes no tienen que estar encerrados sino libres; así pueden visitar también las plazas públicas y otros jardines".

Después de las conversaciones con Richard Turath volvíamos expectantes, como viendo nuevas vidas que nadie nos había enseñado, hasta que la voz de nuestra madre nos conminaba a los deberes.

Además, nos decía Richard Turath que la gente en el 2000 despreciaría espectáculos como el boxeo, por ejemplo, y concurriría con entusiasmo a retiros espirituales sobre ética, futuro y sobre el origen del ser humano.

Cuando fui grande y pude tener una casa con árboles y fondo creí llegado el momento de criar faisanes. Pero, cauto, empecé con gallinas de raza. Llegué a tener ciento cuarenta, muy hermosas. Pero una noche desaparecieron todas. No quedó ninguna. A la mañana siguiente, el carnicero de la esquina me relató en voz baja que a las cuatro de la mañana –hora en que él se levantaba por razones de oficio– vio parar un jeep de la bonaerense al fondo de mi casa y poco después tres uniformados transportar abultadas bolsas. Hablando en porteño, me habían afanado las gallinas.

Me di cuenta de que todavía no había llegado el momento de aplicar la utopía de don Richard Turath en la Argentina.

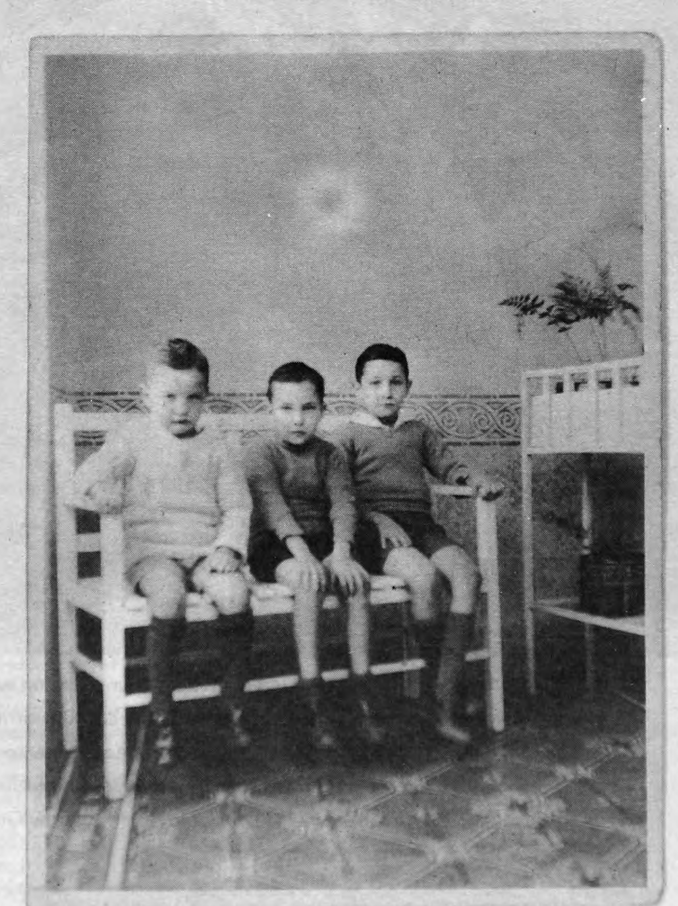
Pero el año 2000 de Richard Turath no se reducía a casas, jardines y faisanes. Las ciencias, por ejemplo, debían marchar despacio y no perturbar para nada la vida pacífica y el gozo de la naturaleza: toda investigación debía ser abierta y todos tenían derecho a inquirir y ser informados. Cada paso adelante debía ser discutido en asamblea y todo aquello que pudiera funcionar como arma, destruido. No tratar de conquistar el espacio sino de ganar el espacio para la imaginación y la ciencia y la protección de la naturaleza. Las fronteras se eliminarían y lo local pasaría a ser general, ya que las asambleas regionales enviarían sus representantes a las asambleas mundiales. Ningún mandato podía durar más de un año y nadie podía ser reelegible. De modo que sería un deber la participación como representante, una vez en la vida, de cada uno de los pobladores. Las grandes fiestas populares serían dedicadas a la música, la poesía, el teatro, al deporte, que no sería competitivo.

En una cosa don Richard era intransigente. Nos decía con voz admonitoria: "De ninguna manera se va a permitir que se insulte algo que es natural, propio de los seres humanos o de la naturaleza. Por ejemplo de llamar inmaculada concepción a la madre de Jesús. Porque eso significaría que todas las otras concepciones serían maculadas, con mancha. El amor, la concepción, la gestación y el dar a luz es lo más maravilloso que nos ha entregado la naturaleza, ¿por qué mancharlas, quién fue el sucio, el insoportablemente violento, lascivo y perverso al que se le ocurrió algo tan tenebroso?" (cuando recuerdo sus argumentos me imagino un diálogo perfecto entre Turath y nuestro filósofo León Rozitchner).

Además, nos decía Richard Turath que la gente en el 2000 despreciaría espectáculos como el boxeo, por ejemplo, y concurriría con entusiasmo a retiros espirituales sobre ética, futuro y sobre el origen del ser humano.

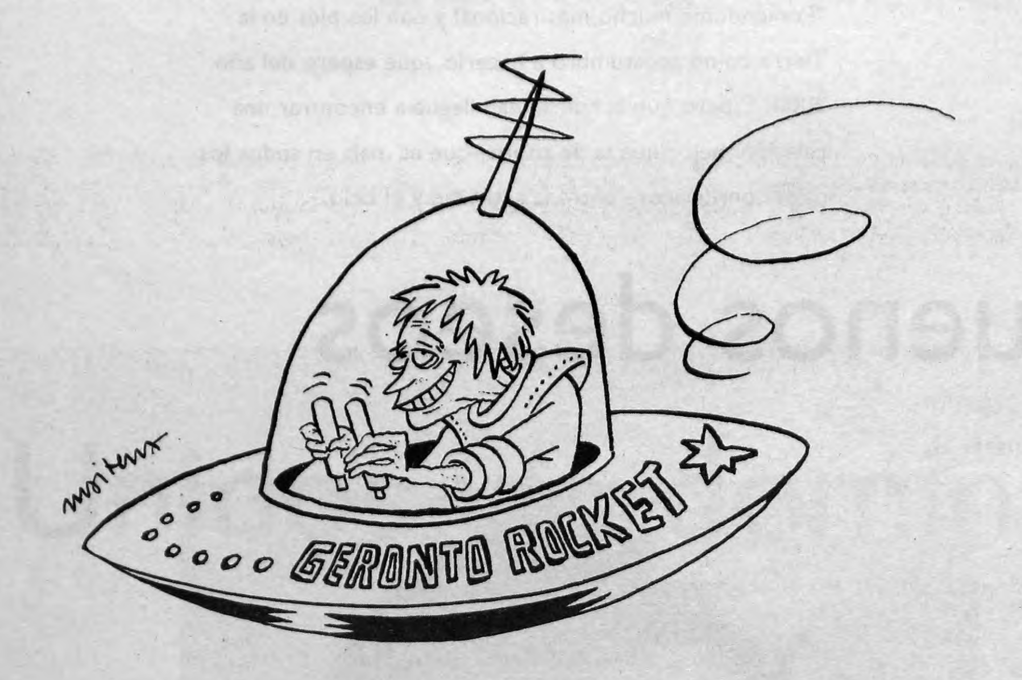
Cuando en el jardín de la cervecería Bodensee se iba haciendo la oscuridad, Richard se ponía de pie y nos decía: "Siempre hay que buscar luz, siempre".

En vez de ver la luz, Richard Turath murió a los pocos meses de que se descubrieran los crímenes nazis que llevaron al Holocausto. Me imagino su profunda tristeza pensando en la humanidad de los revolucionarios de 1919 de Munich. Siempre pienso en el año 2000 de Richard Turath. En su sueño. Cada vez más lejos. Y sin embargo siempre posible. Por eso yo sueño con la globalización de la dignidad. Sueño con un Congreso de Etica Mundial en el año 2023, a 700 años de aquella perversa resolución papal que calificaba de herejía la enseñanza de que Jesús y sus apóstoles despreciaban la propiedad privada. En el año 2023 cumpliré 96 años. Allí estaré.



Osvaldo Bayer, a la izquierda, junto a sus hermanos.

Cuando en el año '69 el hombre llegó a la luna, además de conmoverme por la huella que Neil Amstrong dejaba sobre la superficie lunar, me acuerdo de la fuerte impresión que me causó ver emocionado a mi padre.



Nunca estuve en la luna

POR MAITENA

Como casi todas las niñas, a los seis años yo estaba enamorada de mi padre. En esa época en que se empezaban a mandar satélites, cohetes y hombres al espacio, de mi papá, que era ingeniero electrónico, y me parecía un genio.

Cuando en el año '69 el hombre llegó a la luna, además de conmoverme por la huella que Neil Amstrong dejaba sobre la superficie lunar, me acuerdo de la fuerte impresión que me causó ver emocionado a mi padre.

Claro, todo esto contribuyó a que le creyera cualquier cosa. De todas maneras, supongo que de parte de él hubo más ingenuidad que otra cosa cuando al verme tan fascinada con el asunto de la luna me aseguró con rigurosidad científica que, cuando yo tuviera 20 años, ir a la luna sería como ir a Europa. (Bueno, en eso no se equivocó mucho, porque a mis veinte años la verdad que estaba tan cerca de conocer Europa como de ir a la luna.)

Pero por supuesto que, en ese entonces y desde mi metro diez, todo esto me resultaba posible y ya pensaba incluso en la posibilidad de ser astronauta, cosa que a mi padre, desde su metro ochenta y su habilitante título universitario, curiosamente, también le parecía razonable. (Al fin de cuentas, ¿por qué iba a enamorarme yo de alguien que no lo estuviera de mí, ¿eh?.)


Maitena a los cuatro. Las antenitas se las agregó de grande.

De ahí a ponerme a sacar cuentas hubo un solo paso, y por algún motivo que debe tener que ver con las series de televisión, las historietas y toda la ficción de la época, el año en el que iban a cristalizarse todos estos proyectos era el 2000.

De repente me sentí como la farolera: tropecé con una cifra que hizo que todos mis sueños se cayeran por la calle. Las cuentas me habían salido mal. Qué bajón, Dios mío. ¿De qué me serviría estar viva en el siglo XXI si iba a ser vieja? ¿Quién mandaría al espacio a una anciana de 37 años? O lo que es peor, ¿a qué?

Desistí de todo proyecto espacial, pero aun imaginándome en la Tierra me daban convulsiones. Todos iban a estar enfundados en enteritos plateados de hombreras puntiagudas que yo no podría usar porque sería un fósil. Todos iban a andar en unas cápsulas a colchón de aire en las que yo no me podría subir por prescripción médica. Todos iban a ser jóvenes porque era un siglo nuevo, moderno y futurista, y yo iba a ser vieja.

Esta idea me acompañó por mucho tiempo y, si bien a medida que uno crece se va dando cuenta de que ser joven es sólo tener la edad que teníamos hace seis o siete años, confieso que hoy, a punto de entrar en el 2000, ya no me encuentro en condiciones de enfundarme en el enterito plateado. Pero no porque me sienta vieja, sino porque soy tan joven que estoy embarazada de ocho meses y todavía, eso sí, conservo cierto sentido del ridículo.



"Poniéndome mucho más racional y con los pies en la Tierra como acostumbro a hacerlo, ¿qué espero del año 2000? Espero que la humanidad llegue a encontrar una relación mejor que la de ahora –que es mala en todos los países periféricos– entre la actividad y el ocio."

Los buenos deseos

POR GRACIELA FERNÁNDEZ MEIJIDE

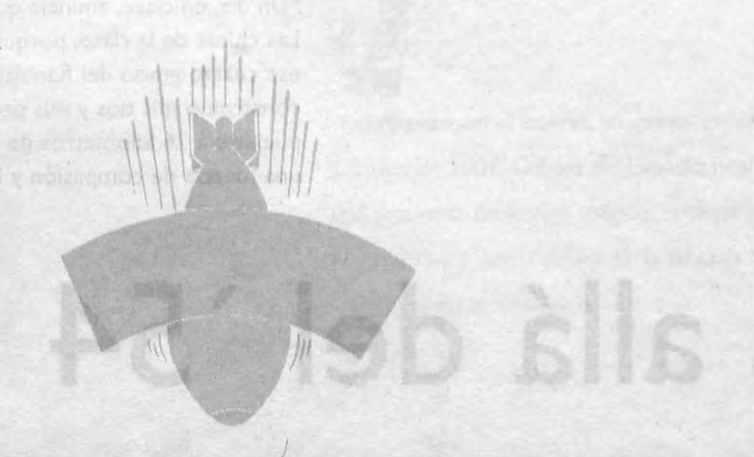
En mi época joven una persona de 55 para mí era una persona provecta, por lo que jamás podría haberme imaginado llegar al año 2000. Hoy me parece estupendo recorrer de un siglo a otro y me siento como si fuera de 17 años, así que no tengo problemas. Poniéndome mucho más racional y con los pies en la Tierra como acostumbro a hacerlo, ¿qué espero del año 2000? Espero que la humanidad llegue a encontrar una relación mejor que la de ahora –que es mala en todos los países periféricos– entre la actividad y el ocio. En nuestro país hay desesperación porque se siente que se acabó la sociedad salarial. Y deja un enorme vacío; yo me hago cargo de la angustia que eso produce y de la obligación que tenemos todos en ser creativos y en pensar cómo se compensa esa carencia, aun a sabiendas de que ese famoso pleno empleo que todos deseamos va a ser, sino imposible muy difícil de lograr. Va a haber un cambio de mentalidad. Seguramente que ello va a ocurrir, y a lo mejor, ojalá, veo cómo ocurre, pero me huelo que no voy a participar totalmente de ese placer. Sin embargo, no puedo decir que me gustaría que pasara tal o cual cosa. Me gustaría que lo más rápidamente posible se encontrara ese equilibrio para que haya menos sufrimiento.

Para el 2000 me gustaría ver cómo a mis hijos les va bien, cómo envejecen bien las personas de mi edad y aun mayores que yo quiero. Envejecer bien para mí es en el uso pleno de las facultades mentales y en todo lo que sea posible de las físicas. Es una gran curiosidad cómo mis nietos tienen o tendrán una educación distinta de la que yo recibí, con una capacidad de flexibilidad del pensamiento, con mucho estímulo de su creatividad y yo con la gran ambición de poder trabajar como estoy trabajando ahora. Hoy fue un día en el que empecé a trabajar a las siete de la mañana, –mientras escribo son las nueve menos cuarto de la noche y no paré– y no lo haré hasta dentro de un par de horas. No tengo un gramo de cansancio.

En mi vida pensé en el año 2000 como el fin de un milenio, como un momento mesiánico. A mí me cuesta mucho pensar en términos apocalípticos y también me cuesta pensar para adelante. Después me doy cuenta que pensando para el presente se construye futuro. Pero no pienso demasiado en eso.



Graciela Fernández Meijide allá por sus cuatro años.



Unidos y/o dominados

POR ANÍBAL IBARRA

Cuando era chico estaba seguro de que el año 2000 estaba tan lejos como la luna y convencido de que yo llegaría a ese momento siendo una persona grande, tan grande como me parecían entonces mis padres, mis tíos o los amigos de ellos que se reunían alrededor de las mesas familiares de entonces y hablaban de cosas que no entendíamos o no nos interesaban.

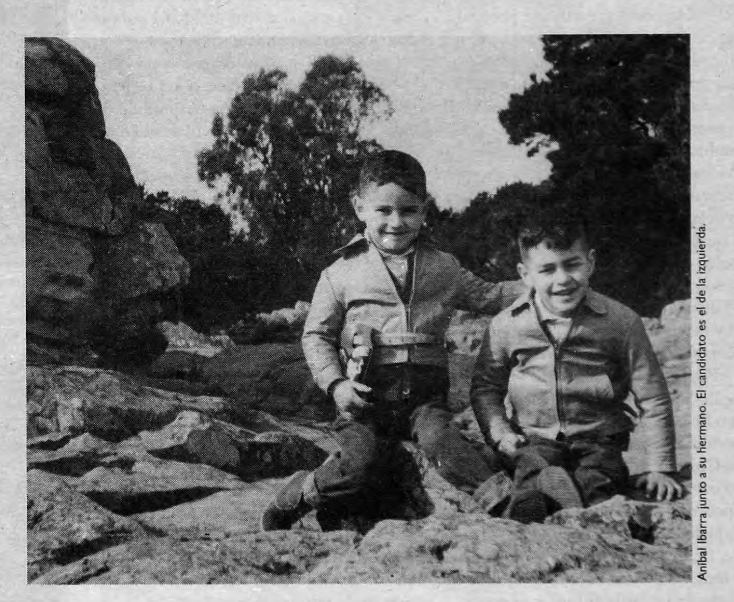
Mirado desde esa edad, el año 2000 me parecía viejo y yo me imaginaba llegando a ese umbral igual de viejo. Hoy, por supuesto, me resisto a semejante exageración, y cuento para eso con la complicidad de mucha gente de mi edad, con la que comparto la ventaja de pertenecer al mundo que ahora se bautiza con la más amable palabra de "adulto", palabra que reivindica mejor este momento tan pleno de la vida que es la madurez. Miro a mis hijos y no sé si me estarán viendo viejo, pero me encanta la idea de entrar al nuevo siglo de la mano de ellos, que son uno de los mejores regalos que me ha dado el siglo XX.

También me acuerdo que de chico fantaseaba enormemente con los ovnis. Me intrigaban, y estaba seguro de que en el 2000 ya íbamos a saber todo sobre ellos y nos íbamos a estar comunicando fluidamente con millones de seres de otros planetas. La vida en el 2000 se parecía en mi cabeza mucho más a "Viaje a las estrellas" que a cualquier otra cosa. Hemos llegado a la luna, hemos descubierto una cantidad enorme de cosas sobre nuestra galaxia y las restantes, pero todavía no sabemos cuántos somos en el universo y ahora nuestros hijos están igual de cómodos si juegan con dinosaurios o con computadoras.

Tal vez esta fantasía de los ovnis ha tenido un modo de cumplimiento: no hemos llegado a comunicarnos con nadie en otro planeta, pero podemos comunicarnos dentro del nuestro de un modo que tal vez entonces ni siquiera imaginábamos. Mientras chateo –aunque por ahora sólo los humanos contesten– he pensado muchas veces que ese espacio inmaterial en el que viajan las preguntas y respuestas no es tan distinto del espacio que pensaba estar habitando hoy cuando era chico.

¿Qué más puedo decir de mis sueños de entonces? Estaba seguro de que Perón tenía razón cuando decía que el 2000 nos encontraría "unidos o dominados", y me parecía que la política era la gran llave que abría todas las puertas. Leí que Juan Castro va a hacer un programa el año que viene y le puso por título "Unidos y dominados". No sé cuál fue su idea al elegirlo, pero me parece que el "o" de la frase original ha sido efectivamente desbordado. No sé si corresponde un "y", pero corresponde otra cosa. Las decisiones se han vuelto más complejas y las opciones, menos esquemáticas. La tensión sigue estando presente, pero el concepto de unidad y el concepto de dominación ya no se piensan del mismo modo.

Entonces, como ahora, yo deseaba y creía en un mundo mucho más justo, pero me acuerdo de que pensaba que sólo hacía falta tiempo para resolver algunos problemas como la injusticia o la pobreza en el mundo. Tiempo –para llegar al 2000– era lo que sobraba, así que estaba seguro de que para entonces estaría todo arreglado y nuestros problemas serían otros. Supongo que la edad me ha servido para comprobar que –tanto en lo individual como en lo colectivo– el tiempo es sólo un escenario y todos los cambios exigen esfuerzo, imaginación, trabajo y largas negociaciones. Todavía mantengo intacto este sueño y no creo que la política tenga algún sentido si no está asociada al deseo de mejorar aunque sea en algo el mundo y la vida de la gente, sobre todo de aquella que vive en peores condiciones. El gran desafío político del siglo que viene –por lo menos en nuestro país– sigue siendo el de la inclusión laboral, económica y social de la gran mayoría de argentinos postergados.



Aníbal Ibarra junto a su hermano. El candidato es el de la izquierda.

"Estaba seguro de que Perón tenía razón cuando decía que el 2000 nos encontraría 'unidos o dominados', y me parecía que la política erá la gran llave que abría todas las puertas".

Repasando estos recuerdos descubro que tengo algunos sueños postergados y otros que se han revelado más difíciles de cumplir de lo que suponía. La huella del primer pie puesto en la luna es tan conmovedora como el hallazgo del más antiguo dinosaurio: lo fascinante de este siglo que se está yendo es que ha hurgado hacia atrás y hacia adelante con el mismo interés y la misma incierta esperanza. Los adultos de hoy tendremos ese extraño privilegio de cabalgar entre dos siglos. Algún día tal vez decidamos si somos más hijos del siglo XX o del XXI. Mientras tanto, el siglo de nuestros sueños de pibes sigue buscando el mundo que lo represente.

"Un día, en clase, anuncié que en el 2000 iba a tener 56 años. Las chicas de la clase, porque en su mayoría eran niñas en ese cuarto grado del Ranelagh Community School que habían construido mis tíos y mis padres y otros vecinos en el pueblito a 26 kilómetros de la Capital, me miraron con una mezcla de compasión y horror".

Más allá del `54

POR ANDREW GRAHAM-YOOLL

Estaba en cuarto grado, tenía diez años y todavía se escribía "Composición Tema: el segundo plan quinquenal". Eso fue hace casi medio siglo, en 1954. Un día, en clase, anuncié que en el 2000 iba a tener 56 años. Las chicas de la clase, porque en su mayoría eran niñas en ese cuarto grado del Ranelagh Community School que habían construido mis tíos y mis padres y otros vecinos en el pueblito a 26 kilómetros de la Capital... y las niñas de la clase y la señorita Gladys, la maestra, me miraron con una mezcla de compasión y horror. ¿Qué infeliz podía preocuparse por una cosa así, ahí, entonces?

Mi preocupación en ese momento era cómo íbamos a ser todos nosotros en el 2000. La señorita Gladys, que venía en el tren todos los días desde La Plata, no iba a cambiar nunca. Yo estaba perdidamente enamorado de esa maestra de 19 años que parecía muy adulta y que tenía la cintura más delgada jamás vista y usaba cinturones anchos de cuero negro sobre el guardapolvo con perfume a lavanda y tiza. Ella no cambiaría: siempre sería hermosa.

Y Liliana, que vivía a dos cuadras de casa y llenaba mis sueños, ella tampoco cambiaría. Bueno, seguramente que Alicia y Patricia, la rubia Norma y Olguita, ninguna de ellas dejaría de ser tan lindas como lo eran entonces. Quizá la gorda Susana cambiaría para peor porque mascaba Chiclets Adams con la boca abierta y no convidaba (en realidad, nos encontramos, con Susana, veinte años después de aquella primaria y era una de esas bellezas frente a las que uno no pestañeaba por temor a perderse algo). Lo que se va descubriendo desde entonces es que es muy difícil admitir que los pares y contemporáneos de cualquier época puedan sufrir cambio alguno con el correr de los años: la verdad que es así. Almorcé con Daniel, Tommy, Andy y Enzo hace seis meses y ninguno de nosotros había cambiado en apariencia, salvo los bigotes y las canas y la barriga.

Esos, o los inmediatos posteriores, que eran tiempos de la revista *Más allá*, que Mingo traía de su puesto en la estación una vez por mes con la revista Hobbies (que refritaba artículos de publicaciones norteamericanas en donde se daban instrucciones "simples" de cómo se podía armar "fácilmente" una radio de cinco válvulas, un crucerito de cinco metros o un hermoso taller mecánico móvil, todo lo cual no encajaba para nada en el subdesarrollo rioplatense), junto con los diarios *Buenos Aires Herald* y *The Standard*, y no sé qué más se compraba todos los días.

Los redactores de *Más allá* eran más visionarios que la señorita Gladys, cuyo padre trabajaba en las cristalerías Rigolleau de Berazategui y posiblemente no pensaba en otra cosa que en vidrio molido.

Con la revista *Más allá* se preveía que en el año 2000, que era un año o un lugar más lejano que Plaza Constitución en términos imaginables, probablemente se exploraría la Luna y se llegaría a Marte. Presentaban el tipo de vehículo que se usaría, pero no era fácil para esas redactores imaginar si se haría contacto con otros seres para el año 2000, pero era factible que tales encuentros fueran a ocurrir y la comunicación no sería mayor problema porque todos sabríamos entendernos.

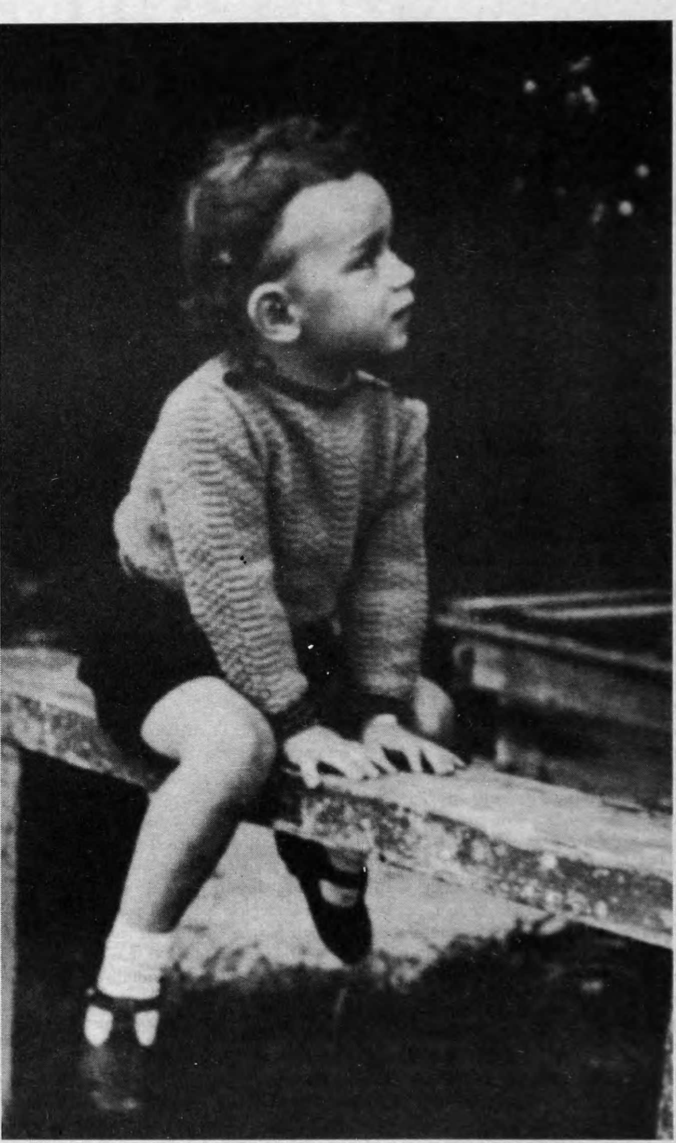
Fue con Liliana, que tenía cabello largo y pecas y que nunca perdería esa belleza porque yo también estaba enamorado de ella, que varias veces nos sentamos en el pasto del potrero de la esquina de casa a hablar del 2000 hasta que los insectos en las florcitas de manzanilla nos expulsaban rascando hasta sangrar. Ella dijo que no podía imaginarse grande como su madre (de quien yo también estaba enamorado, pero nunca se lo confesé a Liliana) ni pensar que llegaría a hacer "eso" que hacían su madre y su padre, y de lo que ella estaba enterada. Ella volvería al norte, a Santa Fe o Resistencia, no recuerdo, para trabajar en algo útil. Iba a hacer cosas que la gente necesitaba para vivir mejor. Nos desafiamos a pensar cómo serían las casas cuando nosotros fuésemos "viejos", cómo serían los barcos (sus padres habían viajado en un transatlántico) o si realmente todos tendríamos helicóptero para trasladarnos a la capital en vez de viajar en el ferrocarril Roca, que era lo normal entonces.

Liliana, que iba a ser arquitecta o ingeniera o médica o algo útil, dibujaba elegantes buques y aviones con Alas Delta, hasta que la irritación en las nalgas y la entrepierna causada no por la proximidad de la pubertad sino por la crueldad de los bichos colorados le hacía abandonar todo proyecto visionario del futuro.

A Alicia nunca le preocupó el 2000, y a mi prima Mónica tampoco. Ellas se iban a encontrar un tipo serio de algún lugar importante, como Quilmes u Olivos, más bien lejos, pero del pueblo jamás. Se casarían y tendrían hijos y no hallarían tiempo para perder en cosas ridículas como pensar en el 2000.

A algunos nos preocupaba bastante. La revista *Más allá* traía artículos e ilustraciones de cómo sería la próxima época glacial en base a cómo se imaginaban las cuatro (Gunz, Mindel, Riss y Wurm) primeras. Si eso nos iba a tocar vivir en el futuro, ¿cómo había que prepararse?, ¿cómo le afectaría a Ranelagh la próxima era glacial? Enzo, que quería ser bioquímico y practicaba letra de médico, lo hablaba muy en serio porque lo había discutido extensamente con su padre. Pero no sabía qué clase de ropa tendríamos que usar.

En realidad, lo que más me preocupaba, más que el frío, era imaginar cómo serían la señorita Gladys, Liliana, Patricia y las otras niñas de la escuela del pueblo que no he vuelto a ver.



Andrew Graham Yooll a los cinco, en su casa de Ranelagh.



"Felizmente, en el ínterin, un vienés genial, Stanley Kubrick, a través de 2001, Odisea del Espacio nos hizo pensar, otra vez, que esa fecha tenía algo mágico, sublime y que videntes como Ray Bradbury iban a convertir la fantasía en motivo de inimaginables estímulos".

Aquellas viejas promesas



Magdalena Ruiz Guiñazú. Ya era una bebé atenta.

POR MAGDALENA RUIZ GUIÑAZÚ

En la infancia el año 2000 me parecía prácticamente inexistente. Algo inasible, perdido en una nebulosa y, no sé por qué, imaginaba que jamás llegaría con vida a esta fecha. En aquellos años de impactantes relatos religiosos la voz de mi madre fue, sin duda, una referencia importantísima para ubicarme en las delicias del paraíso terrenal desde el que –¿acaso era posible dudarlo?– yo contemplaría el año 2000. A la luz de estos conocimientos tamaña fecha sólo era pensable para mí como integrante de un coro de ángeles en el que seguramente revistarían una hermanita desconocida fallecida en la infancia, mis cuatro abuelos a los que tampoco había alcanzado y personajes tan alucinantes como Cleopatra, María Antonieta, Robin Hood y San Tarsicio.

Mucho más próximo e inquietante me parecía, por ejemplo, el año 1950. ¡La mitad del siglo! ¡Cumplir 15 años! Tener la suficiente autonomía como para convertirme en testigo. Fascinante, ¿verdad?

Algunos años después, cuando nacieron mis hijos, comenzaron a aparecer los Objetos No Identificados, los famosos OVNIS que parecían mostrar una curiosa predilección por el sur de nuestro país. Neuquén, en particular, les resultaba grato. Sin embargo, mi experiencia tuvo lugar en un largo viaje entre La Rioja y San Juan durante una tórrida y estrellada noche del verano de 1960. Allí pudimos contemplar las maravillosas evoluciones de un hexágono tan brillante como una piedra preciosa y que, luego de una elegante pirueta, terminó perdiéndose en el horizonte. Increíble. Aunque hoy somos muchos los que creemos que "ELLOS" quieren demostrarnos que están en alguna parte y nos miran, ¿cómo no pensar entonces, en 1960, que íbamos, junto con el final del siglo, hacia un conocimiento más avanzado de algún "encuentro cercano del tercer tipo"?

También los progresos de la electrónica nos causaban emoción y, a la vez, cierto horror. Una obra de anticipación como 1984 de George Orwell no hizo sino preludiar cosas siniestras de uso cotidiano entre nosotros, como micrófonos escondidos (el OJO del AMO), pinchaduras de teléfonos y otras delicadezas con que nos han obsequiado los servicios de inteligencia. A la luz de estas certificaciones el panorama comenzó a tornarse más inquietante y de una abrumadora exactitud. Una cosa es leer y otra, muy distinta, ser parte de una fea historia.

Felizmente, en el ínterin, un vienés genial, Stanley Kubrick, a través de 2001, Odisea del Espacio nos hizo pensar, otra vez, que esa fecha tenía algo mágico, sublime y que videntes como Ray Bradbury iban a convertir la fantasía en motivo de inimaginables estímulos.

¿Claro, cómo borrar las promesas de los años '60?

¿Recuerdan ustedes aquello del ocio creador?, ¿la semana laboral breve para pensar?, ¿el hombre liberado por el robot de las más ingratas tareas?, ¿la bendición de la cultura al alcance de todos? Para ser sinceros, aún no lo hemos olvidado. Pero justamente, como quien recuerda un sueño feliz.

Llegar al 2000 significa para nosotros argentinos, una nación empobrecida, una sociedad sin enseñanza y con poca justicia, un tendal de marginados a quienes el país les ha indicado que no los necesita. Y en un sentido más general, un mundo donde las guerras (como en Kosovo) tienen la misma imagen de hace un siglo, con grupos desplazados vagando por la nieve y una fuerte porción de sociedades riquísimas frente a una amplia gama de naciones miserables. ¿Fuimos aprendices de brujo? ¿Terminó por esclavizarnos la tecnología? ¿Las maravillas de la medicina moderna son sólo para algunos? ¿Se distrajo Dios?

Ahora, ya sin ilusiones, podemos replantearnos las cosas. Y en la medida en que no entendamos el significado del vocablo "solidario" será difícil hallar una solución. Paul Claudel decía "todo es amor". Nadie lo recuerda. Y al contemplar los resultados de este olvido cabe pensar que Claudel tenía absolutamente razón.



"En el futuro, entonces, estaba una máquina que imitaría perfectamente a los seres humanos: una máquina mucho más antropomórfica que los robots actuales. Por supuesto, no serían computadoras sino robots mecánicos."

El futuro visto en 1952

POR BEATRIZ SARLO

En 1952, el futuro era viajar a la luna, los teléfonos con visores y una vacuna contra el cáncer. Por lo menos, eso es lo que inspiró un dibujo en mi cuaderno de clase de cuarto grado: un camino que se perdía en el infinito, bordeado de cohetes interplanetarios, gigantescos libros abiertos, compases y tubos de ensayo (tenía una idea algo rudimentaria de la ciencia). Al comienzo del camino, dispuesta a recorrerlo, estaba parada una señorita, de cintura avispa y pollera bastante corta, que me representaba. Era la que yo creía que iba a ser: sola y con todo el mundo por delante.

Por lo tanto: el futuro era, también, de las mujeres. A los diez o doce años, ni se me pasaba por la cabeza que ser mujer podía implicar una desventaja, tampoco que podía fundar una diferencia apreciable. Había llegado a creer que lo único que no podían hacer las chicas era boxear y jugar al fútbol. Pero podían correr carreras, andar a caballo, ser campeonas de natación, jugar al tenis o al hockey e, incluso, salir retratadas en los diarios, al lado de Perón, cuando recibían un premio deportivo.

Es extraño que ésos sean mis recuerdos, dado que los años cincuenta, antes de la caída del peronismo, son para casi todo el mundo años culturalmente conservadores. Sin embargo, yo formaba parte, de modo muy integrado, de una máquina educativa y escolar que no sólo disciplinaba a los díscolos y contrariaba los deseos, sino que además trasmitía muchas seguridades. La escuela disciplinaba y castigaba (para usar las palabras de Foucault), pero todo lo hacía eficazmente: no enseñaba a ser feliz, ni preparaba quizás mucho para el mundo del trabajo, pero hacía leer y obligaba a escribir.

Por otra parte, sobre el futuro no se estacionaba una nube de incertidumbre ni de crisis. Aunque mi familia era perfectamente antiperonista y atendía sus sentimientos políticos de gorilas de clase media, no recuerdo que nadie se quedara sin dormir pensando cómo íbamos a llegar a fin de mes. A Perón le atribuían todos los vicios políticos y morales, pero un futuro económicamente incierto no entraba en los cálculos, pese a que, en 1952, comenzó a resquebrajarse esa abundancia inclusiva aunque modesta. El futuro, por lo tanto, era mediocre en términos económicos, pero sin amenazas. La seguridad sobre mi propio futuro era un dato.

El futuro era también aquellos objetos que empezaban a aparecer en las casas: objetos diseñados según lo que entonces se denominaba líneas aerodinámicas: lavarropas, licuadoras, aspiradoras, planchas, que nos evocaban las trompas y las colas de los nuevos autos o de los aviones. En el futuro habría, también, millones de motos y motonetas; a mi bicicleta la guardarían en algún museo del transporte. Y, por supuesto, en el futuro seríamos televidentes.

Pensaba que esos objetos iban a proliferar infinitamente, ocupando todos los espacios y realizando todas las tareas. El futuro eran los robotitos, que yo imaginaba más o menos como los juguetes de cuerda. Creía que, en pocos años más, iban a estar por todas partes. En el futuro, entonces, estaba una máquina que imitaría perfectamente a los seres humanos: una máquina mucho más antropomórfica que los robots actuales. Por supuesto, no serían computadoras sino robots mecánicos.

Mi abuela, que era del campo, me contaba una historia de los años veinte. Cuando los Ford T llegaron a la pampa húmeda, los chacareros se bajaron de los sulkis y empezaron a manejar autos de la noche a la mañana, protagonistas de un aprendizaje milagroso. Esa historia a mí me servía para pensar lo fácil que sería tripular una nave interplanetaria. Una prima, estudiante en Ciencias Exactas, no me contradecía y se sabe que la autoridad de las primas mayores es una prueba de verdad. Pocos años después, me contó de una máquina increíble, más que una máquina una habitación llena de máquinas, que jugaba al ajedrez sola: Clementina, creo que la llamaban en la facultad.

Vuelvo a sentir alguna extrañeza. Yo vivía en un barrio porteño donde casi nadie tenía coche ni televisor; algunos vecinos todavía nos seguían pidiendo que les guardáramos cosas en nuestra heladera eléctrica o que les prestáramos el teléfono. Sin embargo, no tenía dudas de que iba a ser una pasajera a la luna, no una viajera científica necesariamente, sino una simple turista que va allí a dar unas vueltas.



La ensayista Beatriz Sarlo, qué duda cabe, en una antigua foto carnet.

Había aprendido la idea de cápsula viajera en Julio Verne, en el submarino del capitán Nemo. Ese lugar cerrado y autoabastecido era el modelo de la futura habitación permanente o temporaria. Viviríamos todos en cápsulas y nos desplazaríamos en cápsulas. Nadie en la familia me desmentía, por piedad o quizás porque también ellos fueran optimistas tecnológicos, aunque me parece difícil.

Vivía en una casa moderna, con techos planos y fachada blanca. Los placards, que todavía eran novedosos salvo en los departamentos recién construidos, proporcionaban la única forma de almacenaje que había en esa casa. Aunque hoy parezca increíble, un placard era algo perfectamente futurista que permitía imaginar casas modulares, casas expandibles, de nuevo: cápsulas.

¿Qué más había en el futuro? Yo tenía un atlas donde las posesiones coloniales inglesas, que estaban coloreadas en rosa, cubrían extensiones enormes. Sin embargo, esos años cincuenta fueron los de la descolonización. Mi padre, que era un anglófilo puro y duro, aborrecía ese surgimiento de lo que luego se llamará tercer mundo. Para llevarle la contra, comencé a pensar que el futuro iba a ser un mundo libre de señores blancos con casco de explorador, como se veían en las películas. Sin saber nada, me hice fanática de Nasser, el líder nacional egipcio que salía mucho en los diarios.

Un tío me metió en la cabeza la idea de que el futuro, además, sería comunista. No sé si la idea me gustaba, pero recuerdo que la creí verdadera. En París Match había visto fotos de Stalin, a quien su hija denunciaba como un dictador terrible, pero yo no establecía una relación entre la Unión Soviética y ese futuro igualitario.

Poco después, el futuro llegó verdaderamente: el Sputnik, la perra Laika, la primera mujer astronauta, la vacuna no contra el cáncer pero sí contra la polio. Sobre todo, cuando cumplí dieciséis años, la revolución de los jóvenes en Cuba. En efecto, todos íbamos a ser iguales y socialistas. A diferencia de las creencias anteriores que tenían una temporalidad vaga, la fe en el socialismo tocaba verdaderamente el año 2000. Pero algo anduvo muy mal por el camino.